

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. . . . 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. . . . 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. . . . 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. . . . 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. . . . 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA.

Pues, señor, ya ha terminado el viaje de la corte progresista, y vuelve á Madrid convencida de que ha hecho efecto.

Y en efecto, buen dinero nos ha costado.

Y sobre este punto voy á tratar, carísimos hermanos leyentes.

Ya os acordais, apreciables contribuyentes, y así Dios os salve, de aquella orden ó decreto, ó lo que fuera, en que se hablaba del profundo desagrado con que se vería que las diputaciones, ayuntamientos, etc. etc., hacian gastos de esos tan tontos que se hacen y se han hecho en todo tiempo, cuando la corte sale por esas provincias á echar una cana al aire.

Hace cerca de un mes que los periódicos ministeriales nos están aturdiendo los oídos con las curiosas relaciones de festejos hechos acá y allá á la corte progresista, de lo cual deduzco, ó que lo de aquella orden fué una broma del género progresista, ó deben haber incurrido en el alto desagrado de quien dijimos las diputaciones y ayuntamientos que han hecho esos inútiles gastos, á pesar de haberseles prohibido.



Los periódicos republicanos tienen razon en decir que los monárquicos son los que más contribuyen al desprestigio de la monarquía, y sobre todo si son monárquicos progresistas.

Estos monárquicos—monárquicos mientras les dura el empleo,—han hecho horrores con motivo del viaje de la corte. Ellos han puesto en movimiento á no pocos empleados que debian no separarse de sus oficinas, y los han enviado de exploradores, propagadores, muñidores, repartidores y maestros de ceremonias; ellos han ido á pedir humildemente á los republicanos que se entusiasmaran; ellos han sacado partido de la necia aficion que tienen muchos españoles á grandes cruces, y aunque sean chicas, y otros oropeles; han contratado, hasta con los chiquillos, el entusiasmo por horas y carreras; y en fin, han triplicado y cuadruplicado el número de habitantes de muchos pueblos, á juzgar por los partes que han dado, en los cuales decian, por ejemplo, que habia 25.000 personas en la calle en una poblacion donde nunca hubo más de la mitad, y han hecho, en fin, tales milagros que, si leyeran de ellos la relacion en el celeste imperio, pongo por caso, donde no creo yo que se tengan muchas noticias de los progresistas, puede que algun chinito de buena voluntad se los creyera.

¿Y qué me dicen Vds. de las obras que ha inaugurado la corte progresista?... Todo se ha vuelto poner primeras piedras en todas partes, que regularmente luego no se pondrán las segundas, sin perjuicio de que si vuelve por los mismos lugares otra vez la corte progresista, se vuelvan á poner otra vez primeras piedras.

¿Y lápidas?... Ni en un cementerio. En todas partes se van á poner lápidas.

«Por aquí pasó», dirá una; otra: «Aquí se sentó en tal día y á tal hora», otra: «En esta sala fumó un puro, y le dió tos», y así por el estilo. Ni de Carlos V, ni del gran Carlos III, ni de nadie, habrá tantas lápidas, conmemorativas como de la corte progresista.

Yo me abismo y confundo reflexionando sobre el entusiasmo tan grande que tienen estos monárquicos de conveniencia cuando están empleados, y lo que baja ese entusiasmo cuando quedan cesantes y sube otro partido.

El año 66 ó 67, sin ir más léjos, un periódico progresista de los entusiasmados hoy, ofrecia entusiasmarse y alfombrar de flores el camino por donde pasará la reina Doña Isabel, si esta llamaba al poder al partido progresista. Aquella señora no le llamó, y ya han visto Vds. lo que le ha sucedido, bien que no fueron los progresistas los que la derribaron, sino los mismos unionistas, tan favorecidos por ella tantas veces.

Con que, amigo, fiese V. del entusiasmo de estos partiditos que se estilan por aquí y que tienen partidas tan serranas.

Y volviendo al entusiasmo traducido en percalinas, ramajes, pirotecnia y otros festejos propios de feria de lugaron y no de una monarquía nueva hecha y derecha, ¿qué bienes han resultado con todo eso?... Si lo que se ha gastado en el baile en *La Numancia*, en árboles de pólvora, en idas y venidas de la tropa, que cuestan un dinerol, en banderolas y oriflamas y otros menesteres, se hubiese destinado á pagar lo que deben los ayuntamientos que han hecho esos gastos, algo mejor hubiera sido, y algo más habria que agradecer á la corte progresista.

Y si se trataba de hacer todas esas mojigangas, como se hacian en los ominosos tiempos, aunque con más ingenio y mejor gusto, ¿á qué vino aquella orden para que no se hicieran?...

Pero á bien que buen cronista oficial ha ido en la expedicion, y él, en volviendo á Madrid, dará á luz un libro curioso y entretenido, contando fielmente el viaje con todas sus peripecias, entradas y salidas, baños de impresion, primeras piedras, y demas incidentes progresistas y pirotécnicos, sin dejar de incluir la cuenta de lo gastado. Ganosos estamos ya de ver ese libro que ha de publicarse sin licencia del Ordinario, y que ha de ser un poema que arrancará lágrimas de entusiasmo y de risa; y ya estoy viendo al cronista condecorado con la gran cruz de nueva creacion, si es que no le hacen marques ó cosa así, que ya hay que ir pensando en crear la nueva aristocracia, y ocasion como esta del viaje no se ha de presentar otra.

Yo me alegro de que la corte se haya divertido, y de que se hayan divertido tambien los pueblos favorecidos. Lo que siento es el dinero que la fiesta ha costado, y hago excepcion de lo poco que se ha empleado en limosnas, que ese sí que es dinero mejor gastado que el derrochado en la fabricacion de entusiasmo.

Se me olvidaba hacer notar un hecho que demuestra gran ingenio en sus autores, pero que... vamos, yo no me hubiera atrevido.

Es el caso que en una de las poblaciones de Cataluña hay una fábrica de pólvora fina. Pues bien, los dueños de la fábrica han hecho un obsequio de diez kilos de ella en una caja elegante, etc., etc., con un rótulo que dice, poco más ó ménos: «A... (aquí el nombre de la persona á quien se obsequia), dedican los productos de su fábrica, etc. etc.»

Esta noticia la han dado los periódicos con la mayor formalidad; yo la doy por eso; pero, francamente, si á mí me vinieran con tales dedicatorias, no me gustaria mucho.



Vamos á ver ahora lo que se hace en bien del pais.

Aguárdense Vds. un poco; ántes de emplearse en tales futilidades, tiene que decidirse la gran cuestion de si ha de ser presidente del Congreso D. Nicolás ó D. Práxedes, si ha de tomar el pulso á la Tertulia, si ha de hacer, en fin, la politiquilla propia de estos tiempos, en los que lo principal es conservar la tajada y no soltarla ni á tiros.

Pues yo creo que la corte progresista debia venir del viaje persuadida de que falta mucho para la prosperidad

de los pueblos, de que la industria del pais merece ser protegida y no esquilada, de que urge que haya buena administracion y justicia, y más instruccion que la del manejo del arma, y debia por ende hacer de modo que se dé al pais lo que merece y lo que necesita, que es orden, instruccion, trabajo y bienestar; pero ¿qué sabe la corte de eso, ni qué ha de saber si no le presentan más que palos con banderitas, soldados en correcta formacion, chiquillos desarrapados en formacion incorrecta, y mesas cubiertas de ricos manjares, quesitos helados y botellas de vinos... extranjeros?

Crean Vds. que esto no tiene remedio.

Cada cual va á medrar él solito, y lo demas le importa un pito.

UNA DOCENA DE MARIDOS ELEGIDOS.

RETRATOS DE CUERPO ENTERO QUE PINTA UN CABALLERO PARTICULAR PARA EJEMPLO DE LOS MOZOS, MEDITACION DE LOS CASADOS Y REGOCIJO DE LOS VIUDOS (1).

I.

Don Patricio.

Patricio ha sido siempre un hombre inofensivo, pacífico, aplicado á su trabajo, y que nunca le conocieron sus amigos ningun *arreplito*, ni tampoco le vieron perseguir casadas, seducir doncellas y hacer todos aquellos estragos que deben temerse de gente jóven y con libertad, y *ainda mais* alentada por el ejemplo y por la pícara ocasion de pecar, que tan frecuente y fácilmente se presenta en esta sociedad, que en punto á moralidad tiene sus más y sus ménos, como dijo el otro, que es el autor más citado por todo el mundo, y que de todo debió saber grandes cosas á la verdad, porque de todo está averiguado que dijo algo.

Cuando éramos jóvenes, siempre instábamos á Patricio á que nos acompañase á correr aventuras, y el pedazo de carne con ojos, creo yo que no tuvo más aventura en toda su juventud, que hallarse una noche en una calleja esperando á un amigo que habia subido á hablar con una dama, por el ventanillo, por supuesto, y recibir una paliza que le arrimó cierta persona que debia ser así como hermano de la dama, y que tomó al bueno de Patricio por el amigo culpable. Esta fué, como digo, la única aventura que le conocimos, y por cierto que estuvo doce dias sin poderse mover con un cónclave de cardenales en la espalda, y tuvo luego que ir, para la completa extincion de las señales y los dolores consiguientes, á unos baños minerales, en cuya expedicion gastó muy buenos cuartos.

Desde entonces quedó tan receloso y escarmentado el seráfico Patricio, que aunque conociera que alguna dama ó damisela le miraba con buenos ojos, si tenia la tal padre, hermano, cuñado ó primo, aunque fuese en tercer grado, no se atrevia él á decirle el menor requiebro, y se hacia el desentendido y el indiferente. Tal miedo tenia á aventuras, como la que, por ajenas culpas, le aconteció.

Pues bien, á Patricio le sucedió lo que les sucede á todos los que no la han corrido, como dijo tambien el otro, que tantas cosas dijo; que cayó á la primera, es decir, que con la primera con quien tuvo algunas relaciones inocentes, se casó como un bobo. Era la agraciada una de esas muchachas que no lo son, es decir, que han pasado de los 25, y que tienen más ojo que un lince y mucho tino para agarrar la ocasion, cuando pasa, por el único

(1) Véase el número del domingo anterior.

pelo que dicen que tiene esa señora, y agarró á Patricio, no por los cabellos, pero sí por la voluntad, y me lo llevó á la vicaría, sin que pudieran alcanzarle los auxilios que se le prestaron cuando se supo su grave estado, ó sean saludables consejos y amistosas advertencias de todos sus compañeros. Tenía la *niña* una tía, que era la que la llamaba *niña*, que sabía más que Brijan, y aquella tía tuvo la culpa de que Patricio cayera, porque si hubiera sido un tío no se habría atrevido Patricio á hacer el amor ni de cien leguas á la que luego fué su mujer; pero era tía, y única familia de la sobrina, quien, eso sí, no tenía malos ojos y estaba metida en carnes; pero en cuanto á fortuna, era hija de un teniente de artillería casado sin real licencia y muerto en acción de guerra, pero en acción de guerra, no con el enemigo, sino con su mujer, que era lo mismo, ó sea á consecuencia de un sofocón que aquella le dió disputando con él un día sobre si el coronel era mejor que la mujer del coronel; él sostenía que ésta le gustaba más y la *teniente* afirmaba que el coronel era un hombre de bien y la coronela una culebrona. Cuestión fué aquella tan reñida, que el infeliz marido se metió en la cama con un ataque cerebral, y se murió, bien que tuvo el consuelo de que su mujer, á los dos ó tres años, se muriera también del sentimiento que le causó la muerte de su marido y de unas viruelas mal curadas.

Quedó Rosita sola en el mundo y sin un cuarto, pero la tía se encargó de ella; y ya estaba un poco cansada del encargo cuando á Patricio le gustó aquella muchacha, que iba tan elegantita y tan modosita á misa de una á San Ginés y... lo dicho, que se casó con ella y con la tía, es decir, con la tía no se casó, pero se la llevó consigo, porque al fin bueno era que hubiese una persona de respeto en la casa, y lo que es respeto lo infunde la tía á los más bravos, porque es una señora flaca, de unos cinco piés y pulgadas de estatura, mal encarada, y con unos huesos en los codos, que si se metiera en apreturas y quisiera abrirse paso con los codos, dejaría mal heridos á muchos, y las heridas serían como puñal de Albacete.

Patricio se casó; el hombre más tímido y apocado ejecuta á veces actos de valor que no llevaría á cabo el más desalmado y avezado á jugar su vida. Yo admiro á Patricio, y cuando le veo me dan ganas de quitarme el sombrero, inclinar la frente y quedar en su presencia mudo y absorto como ante la estatua yacente de algun héroe antiguo, que los héroes modernos no inspiran tanta veneración, ni hay motivo tampoco.

Patricio era, aunque juicioso en extremo, alegre y comunicativo cuando jóven, es decir, cuando soltero, que todavía no es viejo; tenía gracia en el hablar, era activo, y en fin, un hombre de buena sociedad, amigo de sus amigos, pronto á hacer un favor á cualquiera, franco, noble y generoso.

Pero aquel Patricio ya no existe; el Patricio de ahora es un hombre serio, más que serio, un hombre de mal gesto, sombrío, taciturno, que no habla con nadie, que no ve á nadie, que parece abrumado por la fatiga y por los remordimientos, y bien tiene por qué tenerlos, pues al fin él ha dado muerte al Patricio de quien fuimos compañeros y á quien queríamos tanto, y luego se ha hecho reo de usurpación civil presentándose como si fuera el mismo Patricio, y no es el mismo ni mucho menos.

Por ahí le veo solo algunas veces, otras con su mujer, grave, melancólico, sin mirar á nadie, hecho un tonto ó un desgraciado. Optemos por lo segundo, porque Patricio no fué tonto nunca, aunque lo haya parecido una vez, bien que hombres se han visto muy avisados que luego, casados, se han vuelto tontos de capirote.

Y téngase en cuenta que yo no quiero desprestigiar, amigos lectores, la sagrada y moralizadora institución del matrimonio; antes bien, la defiende, y dispuesto estoy á reñir en su defensa mil batallas, escribiendo, se entiende, que de otro modo no riño yo ni con mi sombra; pero en el matrimonio hay desgraciadísimos casos, y hombres y mujeres hay que son grandemente desventurados, que no lo serían si no se hubiesen casado; de modo que vengo á decir, y es lo que quiero, que no está el mal en casarse, sino en casarse mal, en no acertar. El matrimonio es como la lotería; salen premiados unos números; el caso está en haber elegido el del premio. Para el que cobra premio, la lotería es una gran cosa; para el que se casa con acierto, nada hay mejor que el matrimonio.

El billete que Patricio tomó en la vicaría, que entonces no se casaba aún la gente por lo civil, que es por lo fino y lo liberal, no salió premiado, y como jugó todo lo que tenía, que era tranquilidad, buen humor, amigos, carácter bellissimo, franqueza y libertad, todo lo ha perdido.

—Pero, hombre, ¿qué clase de víbora es esa Rosa con quien se ha casado ese infeliz Patricio? preguntará acaso

el lector, si es curioso y me hace tanto honor que sigue atentamente mi narración.

—No, señor lector, no es víbora la mujer de Patricio, ni ningun otro reptil; ella es buena, honrada, ya lo creo, era lo que le faltaba á Patricio, que no lo fuera; nadie puede decir de ella la más mínima cosa en ese punto, como que ella no ha dado motivo, pero...

Hace un mes encontré á Patricio solo, y le hablé.

—Pero, hombre, le dije, ¿qué diablos tienes desde que te casaste que eres otro hombre?

Él dió un suspiro y miró en derredor, como el característico en una comedia cuando va á descubrirle al galán que el padre de la dama estuvo diez años en presidio.

—Te encuentro tan cambiado...

—Si ¿eh?... dijo con voz sepulcral, como si estuviera representando un drama de Diaz.

—¿No eres mi amigo ya? ¿no crees que yo lo soy tuyo?...

—¡Oh! sí, contestó, apretándome la mano.

—Pues cuéntame lo que te pasa. ¿No eres feliz?

—¡Feliz! dijo con acento cavernoso.

Y luego:

—Ven, entremos en ese café ignorado y te abriré el pecho.

Yo me abroché bien el gaban, y entramos en un café donde no había un alma; sólo había un mozo anciano que dormitaba en una silla con *La Igualdad* en la mano.

Pedimos una chica alemana fuerte, y Patricio empezó de esta manera:

(Se concluirá en el próximo número.)

DESDE LA CUNA A LA FOSA,

POR

PASCUAL DE LA CALLE.

(Continuación.)

Ríco, gigante palacio,
régia mansion imperial
con los muros de topacio
y las puertas de coral;
vergeles de eternas flores
que asombren la vista al verlas;
ninfas que al brindarme amores
vayan derramando perlas;
rico sólio, que al lucero
de la tarde en luz afrente,
y ante el cual el mundo entero
se me postre hnmildemente;
goces, dichas en monton,
cuanto abarca la osadía
de ardiente imaginación,
son mi ensueño, mi alegría,
mi ambición.

Mas puesto que eres, Fortuna,
veleidosa cuanto bella,
y en vano el ansia importuna
se lanza tras de tu huella,
y aunque á tu carro se ligue
con harto ingeniosa trama,
desdeñas al que te sigue,
siguiendo al que no te llama,
yo mismo, adoptando el arte,
ciertamente singular,
de que es fuerza no buscarte
si se te quiere encontrar,
ya no corro ni me ofusco
cuando en honda sed me inflamo;
y ante ese carácter brusco,
ni te invoco, ni te llamo,
ni te busco.

EN EL TRABAJO.

Copioso sudor inunda
mi tersa frente,
y ya en languidez profunda
la fuerza cae lentamente...
moribunda.
No dirás, Fortuna impía,
que voy loco
siguiendo á la fantasía,
pues desvelado te invoco
noche y día;
pues trabajando á destajo
te doy tributo,
sin afán de otro agasajo
que el que me brindes por fruto
de mi trabajo.
No desdeñosa y esquiva
á mi sufrimiento,

con una respuesta altiva
me pagues la fe que siento
siempre viva.

No con tremenda mirada
me desazonas:

dame, Fortuna adorada,
para mis hijos tus dones:
para mí, nada:

porque en sus puros destellos,
paternal ansia profunda
me encanece los cabellos,
mi frente en sudor inunda,
sólo por ellos.

Mientras su misera suerte
no deje por fin un día
de herirles con mano fuerte,
quiero vivir, diosa mía;

temo á la muerte:
mas si la voz que te exhorta
logra inspirar tu clemencia
y á poco la Parca corta,
los hilos de mi existencia,
nada me importa;

en mi Dios los ojos fijos,
veré dar fruto sabrosos
tantos afanes prolijos...

¡Entonces serán dichosos
mis pobres hijos!

EL GÉNI0.

Mundanales placeres y riquezas
desdeñando, con éxtasis profundo
tras mejores ensueños y grandezas,
bato altivo mi audacia sobre el mundo.
Cante ronca la Fama mis proezas
por la tierra y el piélagos iracundo,
mas que en las ansias de mi afán divinas
vístanme harapos, duerma sobre espinas.

A través de un ropaje hecho girones,
mientras que el hado á su furor me inmola,
cien edades y cien generaciones
deslumbraré con mágica aureola;
y en el mar de mundanas ambiciones
sujetando á mis piés ola por ola,
veré hundirse los hombres de repente,
al rudo peso de su sed ardiente.

Y al recorrer mi nombre el mundo entero,
mi desnudez vistiendo de alabanzas,
trocaráse en laurel la que primero
fué corona de espinas y alabanzas:
¡oh! ¡cuán divino brillará el lucero
que la materia en torpes asechanzas
pugna por eclipsar ciega á desdenes,
con el encanto de mentidos bienes!

Léjos de mí la música y ruido
de mundano festin y falsa pompa;
léjos, ántes que en sueño sumergido,
de la vida el no ser los nudos rompa.
Rasgue ya las tinieblas del olvido
Fama eterna con ecos de su trompa,
y al descender hasta la fosa el hombre
cúbrase el mundo en gloria de su nombre.

Mágico Eden ideal
ve la humanidad dormida,
contemplando ahora la vida
á través de otro cristal...
Despierta, pobre criatura,
que con incesante empeño
fundas en soplo de un sueño
tus Edenes de ventura.
Despiértate, humanidad,
y el caos á tus plantas mira;
todo en la tierra es mentira;
sólo la muerte es verdad.
Mas puesto que en vano el tino
la amarga razón te enseña
y avanzas por tal camino,
si soñar es tu destino,
¡sueña... sueña!..

EL INVIERNO.

RECUERDOS.

¿Qué es de mí, qué es lo que ha sido
de mi fe y de mi ilusión?
¿Tan pronto en el corazon
pudo extinguir el latido?
¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído
desde aquel hermoso cielo
donde me impulsó mi anhelo,

á este mundo que entre abrojos
sólo les muestra á mis ojos
desolacion, muerte y hielo?

¡Ay, que el dulce desvario
ya léjos de mí, se posa,
y en soledad espantosa
me siento morir de frío!
¡Sucede al ansia el hastío
de los goces mundanales!
fecunda fuente de males
baña ya mi edad postrera...
¡quizás la muerte me espera
debajo de sus cristales!

(Se concluirá.)

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

Ahora bien, continuó Tenerife, ya sabe V. quién es el señor conde y quién el Sr. Maubiet, que tan misterioso era para V. y lo sigue siendo para muchos.

Dígame V. si merece compasion ese conde, y si tiene motivos para vengarse de él mi excelente señor.

—Perfectamente; amigo Tenerife; ha hablado V. como un libro, y le agradezco infinito las noticias que acaba de darme. Tengo, sin embargo, algunas preguntas que hacer á V. ¿Como ha sabido V. toda esa historia?

—Por el Sr. Maubiet. El me la ha referido para que estuviera en antecedentes.

—Bien, pero ¿y lo que se refiere á la primera parte, ántes de que Maubiet conociera al conde?

—Es muy sencillo. El Sr. Maubiet encontró una noche, despues de su regreso de París, terminada ya la guerra, á una mujer, que le llamó por su nombre en la carrera de San Jerónimo.

—Y esa mujer...

—Era una antigua sirvienta que habia estado muchos años en casa del padre del Sr. Maubiet en París, y que le habia visto nacer. Por tener que venir á cuidar de su madre anciana y achacosa, que vivia en Madrid en la última miseria, esa buena mujer salió de la casa de Maubiet y entró á servir de ama de llaves en casa del brigadier, padre de Isabel, la primera esposa del conde. Se reconocieron, contó su situacion al Sr. Maubiet, le dijo que vivia muy estrechamente cosiendo para fuera de casa y que tenia á su cuidado á una jóven muy linda y muy desgraciada abandonada por su padre, el conde del Mirlo.

—Ya, vamos, ya entiendo.

—Como V. comprende, en cuanto el Sr. Maubiet oyó ese nombre trató de averiguarlo todo, y la pobre mujer le refirió la historia que conocia con todos sus detalles, alegrándose de que por fin la Providencia le hiciera encontrar un hombre que sería el castigo del conde y el amparo de la huérfana.

—De manera ¿que esa huérfana es la hija de la desventurada Isabel?

—La misma; pero ya no le falta proteccion; el Sr. Maubiet se encarga de socorrerla y de proporcionarla una buena posicion, sirviéndole tambien de medio para hacer expiar al conde todo el daño que ha hecho. Esa pobre niña sabe ya que hay quien vela por ella y la presentará á su padre; sabe que éste es de la aristocracia; pero encargó el Sr. Maubiet á aquella buena mujer que no dijera á la niña el titulo para que el conde no llegue á saber lo que contra él se prepara, y así lo ha cumplido su madre adoptiva, quien por otra parte nunca la habia hablado de su padre, para no hacerla desear otra posicion que la humildísima en que fué criada.

—Me gusta todo eso; ese Sr. Maubiet es el verdadero tipo de los hombres honrados y generosos.

—Y si habia pocas pruebas, la mejor es la de la venganza que piensa emplear contra el conde. Ya ve V. que tiene motivos para matarle, para llevarle á los tribunales, para todo; pues bien, convencido de lo cobarde que es y ha sido siempre ese, por desgracia, cuñado suyo, trata sólo de mortificarle con su presencia, que esto basta para que el conde corra y tiemble como un azogado, destruir sus proyectos, ponerle en ridículo siempre que pueda y evitar el matrimonio que de nuevo tiene proyectado, presentándole á su hija como golpe final.

—¿El conde ya sabe que murió Leontina?

—Sí, señor: yo le he seguido sin que él me viera á todas partes desde que estoy á las órdenes del Sr. Mau-

biet; le he oido hablar con sus antiguos amigos, que ya están tan achacosos como él, y una noche le oí decir que habia resuelto casarse de nuevo, porque habia muerto su segunda mujer, y que habia escogido una muchacha muy candorosa, y que parecia tener dinero; que él se hallaba mal de intereses, que estaba en una casa de comercio, etcétera, etc. Dijo el nombre de su elegida, y entonces supe que se trataba de Emilia Rodríguez, una niña no tan candorosa como se figura la gente, porque ya sabe V. que persiguió al Sr. Maubiet, y que en cuanto á recursos aparentan ella y su madre mucho más de lo que tienen. Yo las conozco mucho; la madre ha sido muy amiga de mi mujer, y ahora apenas nos saluda, desde que varió de posicion casándose con un comerciante de géneros ultramarinos, hombre muy bonachon, pero que le habia dado por decir que era noble y tenia en su tienda un escudo, que él decia ser de la familia, con un casco, una lanza y una cosa que parecia un conejo disecado. Pero ya se ve, la madre de Emilia, que tambien habia demostrado aficion á la heráldica, y que desde pequeñita aspiraba á casarse con un conde ó marques, apechugó con el tendero cuando se convenció de que los condes no la decian nada; y no puede V. figurarse lo orgullosa que se volvió desde aquel momento, hablando siempre de que su esposo era noble y que tenia la sangre azul, aunque yo creo que el bueno del marido, más que azul, tenia la sangre frita á fuerza de los disgustos que le dió su mujer con el pícaro genio, que nunca la ha abandonado.

—Pero, hombre, V. lo sabe todo. ¿Cómo puede V. hablar con tanta seguridad de esa señora?

—Ya le digo á V. que la conozco hace mucho tiempo. La madre de Emilia vivió con su padre enfrente de mi casa en Barcelona, y entonces ella, mi mujer y yo, con otros chicos de la calle, jugábamos por las tardes al salir de la escuela. Mi mujer era hija de un honrado carpintero, yo de un auxiliar de Estancadas, y Doña Clara, la madre de Emilia, de un expendedor de instrumentos musicales. Ya ve V. si la conoceré. Entonces éramos muy amigos, y recuerdo que Doña Clara aprendió en aquella época á tocar el clarinete, y aún le debe durar la aficion, porque creo que dá de vez en cuando algun concierto, acompañada al piano por Emilia. Y yo creo que de tantas aspiraciones como tenia que hacer al cabo del dia para tocar el instrumento, se le metió en la cabeza el aire, porque al poco tiempo empezó á desdenarse de ir con nosotros y demostró otra clase de aspiraciones, diciendo ya por aquellos años, en que ella tendria 13 ó 14, que habia de ser condesa. Despues se casó, como le he dicho á V., y aunque mi mujer y yo continuábamos visitándola, una tarde reñimos porque ella se empeñaba en sostener que tenia la sangre azul, sólo porque su marido era azulado, y yo me reí de su tontería, y le dije que lo más sería un azulejo. Se incomodó con nosotros, nos llamó gente de poco más ó menos, y se abrió una vena para que nos convenciéramos del tono de su sangre. No le digo á usted más.

—Me alegraría de conocer á esa señora.

—Pues nada más fácil, yo tengo que presentarme en su casa, porque he de estorbar la boda de Emilia con el conde del Mirlo, siguiendo las instrucciones del Sr. Maubier. Vendrá V. conmigo y mi mujer, y tendrá V. ocasion de divertirse un rato.

—Acepto el ofrecimiento, y doy á V. por todo cuantos millones de gracias quiera. Vale V. un Perú, amigo Tenerife.

—Yo me alegro de haberle podido ser útil.

—Crea V. que sí, porque la serie de noticias que usted me ha suministrado han servido para enterar á mis lectores, que de seguro están ya tan interesados como yo en seguir el hilo de esta novela, y presenciar las escenas que han de tener lugar entre los personajes puestos en accion; especialmente, entre ese conde del Mirlo y el señor Maubiet, quien supongo vendrá á la Granja.

—Probablemente; pero no sé cuándo.

—Debe V. estar muy fatigado, ¿quiere V. un vaso de agua?...

—No; ya descansaré ahora, voy á ver á mi mujer, y con ella hablo lo ménos que puedo, porque en mi casa no hay más voz que la suya.

—Vaya V. con Dios: lástima que no se dedique V. á escribir novelas. Acaba V. de hacer un capítulo digno de Ponson du Terrail; ha habido muertes, desafíos...

—Historia pura.

—Yo quisiera pagar á V. el favor de alguna manera. ¿Quiere V. dinero, cigarros?...

—¡Si pudiera V. hacer que me pagaran los atrasos que me deben como maestro de escuela!

—Hombre, yo no tengo influjo, pero ¿quién sabe si esta

novela conmovirá las fibras del corazon del ministro, y podrá V. cobrar!...

—¡Ay! ¡ojalá! V. diga quién soy yo en la novela.

—Pierda V. cuidado.

—Y hasta mañana; es ya muy tarde. Mañana, si voy á visitar á Emilia y á su madre, vendré á buscarle á usted para que vayamos juntos. Le presentaré á V. diciendo que es persona muy inteligente en escudos de armas y toda clase de blasones, y de seguro se capta V. las simpatias de Doña Clara, que en seguida le enseñará el escudo de su marido para ver si puede V. descubrir su genealogía.

—Perfectamente; creo que nos vamos á reir mucho.

—Tenerife, dijo en esto la mujer del ex-maestro de escuela entrando en mi cuarto, Tenerife de los demonios, ya te podia yo esperar. Me gusta tu calma.

—Si ya iba, mujer.

—¿Qué has hecho todo este rato, infame, qué has hecho que no has venido cuando te llamaba para enseñarte á la perra?

—Estaba ocupado.

—He venido á buscarte y me han dicho que habias salido. ¡Sabe Dios dónde habrás estado! ¡Mónstruo! sin tener consideracion de mí ni de la perra, que está allí esperándote para lamerte la cara.

—Pobrecita; voy, voy corriendo.

—Así vendrás, camastron, así vendrás para dar una satisfaccion á la desgraciada Trini. Vamos...

Y la buena mujer de Tenerife le cogió por una oreja y salieron juntos del cuarto.

—Adios, amigo mio, me dijo Tenerife, saliendo resignado.

—Hasta mañana.

—Anda, bribonazo, continuaba diciendo la mujer, que no va á ser malo el mordisco que te va á dar mi adorada Trini, al ver como yo te llevo.

Contemplé un momento á este matrimonio, que se alejó por el pasillo de la fonda, llamando la atencion de los camareros y cuantas personas entraban y salian, y volví á mi cuarto, me asomé al balcon para respirar aire puro y reponerme de la fatigosa entrevista que heroicamente acababa de tener para complacer á mis lectores, y atando cabos con todo lo que me habia contado el Sr. D. Ramon Tenerife, me puse á meditar abismándome en un mar de reflexiones, como decimos los novelistas.

XI.

Otro desengaño.

Y permanecí abismado algunos instantes.

Al poco rato una voz, que no me era desconocida, me sacó de mis meditaciones.

—Trinidad, Trinidad, decia.

Salí inmediatamente de mi cuarto con la esperanza de encontrar á la incógnita que iba buscando.

En el pasillo estaba Manuel sólo.

—Ahora no se me escapa, pensé; Manuel la llama, luego esa Trinidad es la desconocida.

—Hola, amigo, me dijo Manuel.

—¿Ha llamado V. á Trinidad?...

—Sí, señor...

—¿Y es esa la que busco?...

—Ahora la verá V., me contestó sonriéndose.

Efectivamente; al poco rato, una robusta maritornes se presentó en el pasillo y entregó á Manuel un abrigo, que éste la habia mandado á buscar á su cuarto.

—Gracias, Trinidad, le dijo Manuel, mirándome.

Trinidad desapareció.

—Y van tres chascos en poco tiempo, exclamé yo, disgustado por mi mala fortuna.

—No hay que apurarse, añadió Manuel. V. encontrará á la Trinidad que firmó la carta. Se lo diría á V. desde luego, pero quiero dejar á V. la gloria de descubrirla.

—Sí, ya estoy en camino.

—No está V. muy léjos de ella.

—¿De veras?

—Animo; siga V. explorando, que pronto la encontrará.

—Pero ¿qué le cuesta á V. decirme?...

—¿Se ha olvidado V. de los lectores?... Si lo digo se acaba el interes.

—Tiene V. razon.

—¿No sale V.?

—Más tarde. ¿V. va á ver á Emilia?

—Sí, señor. Ya le hablaré á V. de esa mujer otro rato, porque quiero que seamos amigos.

—Yo tambien podria contar á V. algo de ella.

—Es un ángel.

